

JORDI GRACIA

# HIJOS DE LA RAZÓN

CONTRALUCES DE LA LIBERTAD  
EN LAS LETRAS ESPAÑOLAS  
DE LA DEMOCRACIA



# ÍNDICE

Prólogo. Las raíces del presente . . . . .	11
El cuarto movimiento . . . . .	15
Una última explicación . . . . .	20
I El pasado oculto . . . . .	27
II La experiencia de los poetas . . . . .	51
III Invención y fuga del ensayo . . . . .	81
El brillo de las ideas . . . . .	95
IV Indigencia de la crítica. ( <i>A mano alzada</i> ) . . .	103
V Consuelos privados: dietarios e ideas . . . . .	133
VI La fragua de una forma: novela y democracia . . . . .	175
Impunidad de lo sentimental . . . . .	185
El arte de experimentar . . . . .	197
VII Nuevas fricciones entre historia y novela . . .	219
Epílogo. Las rutinas de la razón . . . . .	263
Índice analítico . . . . .	277

## PRÓLOGO

### LAS RAÍCES DEL PRESENTE

Confío en que disculpen el deje de engolamiento que arrastra el título del libro, pero casi parece obligado que los zancos retóricos avalen un presente colectivo que por fin ha dejado de ser como solía: enigmático, misterioso, telúrico, enfermo o incurable. Hoy España es quizás una democracia convaleciente pero sólo porque es también una democracia convencional, y no ya porque algo del fondo metafísico haya fallado, o alguna insuficiencia sanguínea haya vuelto a abandonar en los arrabales el esfuerzo de la razón.

La democracia española es hija de una razón histórica que anduvo muy maltrecha cuando Dámaso Alonso censó un millón de *hijos de la ira* para el Madrid de 1944. Sobrevivían a una guerra todavía no terminada, pese al parte oficial del 1 de abril, ni desde luego tampoco olvidada. La resucitaban la metralla metódica y nocturna en los penales o los fusilamientos contra tapias encaladas a toda prisa para callar su significado: la continuación doblemente envilecida de una guerra que exterminó al enemigo, lo expulsó de la nación o lo inhabilitó de obra y palabra durante muchos años.

Contra la ira callada de aquella posguerra, hoy prospera la razón de una democracia benigna y algo locuaz. Pero puede decirse de otra manera: España ha vivido en el último fin de siglo una inédita y duradera reconciliación entre la lógica de la razón y la lógica torturada de nuestra historia contemporánea. La razón como instrumento de civilización supo restablecer calladamente su validez como instrumento de convivencia y de comprensión humana, también de transformación lenta, como la fragua intermitente de un tiempo que, pese a todos los pesares, había de llegar y llegaría de acuerdo con una muy antigua ilusión histórica.

Su arranque es inevitablemente difuso y casi remoto. El origen de la España moderna se hace con la confianza de una minoría que fue simpatizante del erasmismo y de las formas de heterodoxia de una España imperial ruinosa y lúgubre, por mucho que la política cultural de actualidad quiera poblar de luces las opacidades de Felipe II o la coacción religiosa y civil como sistema de supervivencia.

Aquella debilitada minoría engendró su propia descendencia histórica y se hizo muy lenta y trabajosamente ilustrada. Trató de aprender a leer en un idioma ajeno al enseñado en las escuelas jesuíticas y aprendió a viajar. Algunos supieron de Francia y fueron corresponsales de Voltaire, como Gregorio Mayans o el conde de Aranda. El raro coronel José Cadalso se formó fuera de las fronteras nacionales, y otros viajaron y regresaron para contar otro modo de hacer las cosas y de entenderlas, como Moratín, o recorrieron las tierras propias con los ojos puestos en su perfeccionamiento,

que es lo que hizo tan tercamente Jovellanos. Y aunque con forzada timidez, algunos de los ilustrados buscaron el amparo de una razón laica, empírica y librepensadora que su propia nación había menospreciado y perseguido y, sobre todo, ignorado. En el *Diario de los Literatos* o, medio siglo después, en el extraordinario *El Censor* de Luis Cañuelo se leen los extensos ensayos de quienes fundaron el periodismo crítico para uso y disfrute de muchos menos ciudadanos —ya eran ciudadanos— que los que conocían los sermones laicos de otro ensayista y benedictino atípico, el padre Feijoo.

La sangre y las guillotinas de la Revolución Francesa desanimaron o acobardaron a muchos. Pero ni todos callaron ni todos se resignaron al dislate de ser antiespañoles por ser afrancesados. En realidad, en ese otro final de siglo, el del XVIII, fragua esa noción moderna de un nacionalismo liberal que empieza por el análisis pragmático y veraz de la propia nación. Tampoco perdieron del todo los ánimos, y esa tradición liberal sobrevivió a períodos tardíos de absolutismo como el de Fernando VII: ese aliento es lo que significaron paréntesis históricos como la aprobación de la constitución más liberal de la Europa contemporánea, la de 1812, o el asfixiado trienio liberal. El exilio de los liberales románticos se reparó en la década de los treinta del siglo XIX y faltaba muy poco —aunque conviviría con tres guerras civiles, las guerras carlistas— para que un oscuro profesor de filosofía, Julián Sainz del Río, empezara a divulgar en España las doctrinas filosóficas de Karl Krause. Fundaba con ello el krausismo, que es una de las vetas intelectuales más activas en la bús-

queda de una racionalidad conciliadora con el idealismo casi congénito a la tradición intelectual y religiosa española. El último tercio de siglo esparció con la obra de Francisco Giner de los Ríos o el talante de Leopoldo Alas las semillas de otras corrientes ideológicas, empezando por el positivismo, capaces de liberar al español de sus hipotecas mentales más dañinas y esterilizantes.

Desembocaron esas líneas de fondo en un fin de siglo, el del XIX, que conectaba insólitamente la sensibilidad española con la europea, por mucho que eso a menudo hayan sabido verlo mejor historiadores extranjeros que autores españoles. El primer enlace cierto con Europa, o la primera vez que España, tras algunos centenares de años, sintonizaba de nuevo con ella y buscaba el modo de corregir un desfase hecho de intolerancia y represión, es ese fin de siglo y la vivencia compartida de una crisis general que no es sólo ni prioritariamente una crisis nacional. No es el momento de contar la doble razón religiosa y nacionalista que explica el modo tradicional de leer el fin de siglo, pero sí quizá conviene recordar que la historiografía lleva ya algo más de dos décadas corrigiendo la mirada del nacionalismo conservador y ampliando el enfoque con el gran angular de los fotógrafos. Por eso los últimos años han sido también los que han intentado redefinir la evolución de la cultura española del siglo en términos menos indígenas y más internacionales. Ni la derrota de 1898 puede servir para caracterizar una crisis que tiene dimensión occidental e internacional ni la cultura española fue ajena a la dinámica que las artes y las